



Konrad Witz. Artistas vendiendo en sus tiendas. Detalle de *La Magdalena y Santa Catalina* (c. 1440). Óleo sobre tabla. 152 x 130 cm. Museo de l'Oeuvre Notre Dame. Estrasburgo, Francia.

Cambios en las relaciones entre obispos y constructores

«Si los monjes y obispos de Francia hubieran podido prever las consecuencias de su rivalidad constructiva con los maestros albañiles, hubieran abandonado de buena gana la cruzada catedralicia desde el principio. Los muchos años de relacionarse con ellos les había enseñado que el maestro albañil tendía a ser obstinado, pugnaz, reservado y dado a quejarse por la falta de fondos, por lo inadecuado de los materiales y, en general, por todo. Pero esto no había constituido un verdadero problema mientras los propios clérigos comprendieron los principios fundamentales de la construcción. El problema para ellos empezó cuando fomentaron el “gótico radiante” con todas sus complejidades e innovaciones técnicas. Entonces tuvieron que depender de los maestros albañiles, en vez de ser al revés [...] En cuanto el maestro albañil se dio cuenta de su importancia, rápidamente impuso su independencia y alardeó de ella. Pidió honorarios más altos, y los consiguió. Se vistió llamativamente, se dejó el pelo largo y la barba crecida, en una época en que el pelo corto y la cara afeitada eran signos de piedad [...]. Las nuevas relaciones que se establecieron entre obispo y albañil vinieron a ser las del cliente-arquitecto que han prevalecido hasta nuestros días.»

David Jacobs: *Los constructores de catedrales en la Edad Media*; Barcelona, 1974, pp. 51-53

Una nueva clase social, la burguesía mercantil y financiera de las ciudades flamencas del siglo XV, rivaliza con la monarquía y la iglesia en la adquisición de obras de arte

«Situada en el rico condado de Flandes, la ciudad de Brujas fue sin duda el centro artístico más señalado, cuyo atractivo e irradiación se extendía no solo a todos los Países Bajos, sino que alcanzaba dimensiones europeas. En la metrópolis financiera y comercial de Flandes residían tradicionalmente numerosos mercaderes y banqueros de toda Europa a quienes debía la ciudad su atmósfera pronunciadamente cosmopolita y su considerable prosperidad. En esa medida no es sorprendente que aquí surgiera muy pronto un mercado de arte en toda regla, capaz de satisfacer las diferentes necesidades de una clientela sumamente heterogénea, ofreciendo a la venta lo mismo lujosas pinturas sobre tabla que asequibles óleos. Más que otras ciudades, Brujas prometía a pintores y otros oficios dedicados a producir bienes de lujo un número suficiente de encargos y una subsistencia desahogada. De ahí que numerosos artistas de los Países Bajos, como de tierras vecinas, se asentaran en la ciudad, donde se amalgamaron diferentes corrientes artísticas regionales en un estilo típico que se cultivaría hasta bien entrado el siglo XVI.»

Till-Holger Borchert: *Jan van Eyck y los primitivos flamencos en el Museo Thyssen-Bornemisza*; Madrid, 2009, p. 13